

PATRICK MODIANO

Domingos de agosto



Niza en invierno. Llueve y los cafés están fantasmagóricamente vacíos. Esta historia que desemboca en la Costa Azul fuera de temporada se origina en las playas fluviales del Marne, donde el narrador conoce a Sylvia. Y su relato incluye unas cuantas preguntas que no siempre tienen una respuesta fácil: ¿por qué ha llegado la pareja a Niza? ¿De qué huye? ¿Qué papel desempeña en todo ello el diamante llamado la Cruz del Sur? ¿Quiénes son en realidad esa extraña pareja de estadounidenses ricos cuyo apellido es Neal? ¿En qué circunstancias murió el actor Aimos? ¿Quién es realmente Villecourt, con el que Sylvia estaba supuestamente casada cuando la conoció el narrador?

En esta novela de personajes en penumbra son también fundamentales los escenarios y la atmósfera: el viejo Hotel Majestic, el Negresco, una pensión, la ruinoso fachada del cine Forum, un restaurante sin clientes, un coche con matrícula diplomática, el descuidado jardín de una villa...

*Para Jacques Robert
Para Marc Grunebaum*

Al final nuestras miradas se cruzaron. Era en Niza, al principio del bulevar de Gambetta. Estaba subido a algo así como una tarima delante de un puesto de chaquetas y abrigos de cuero y yo me había ido colando hasta la primera fila de mirones que lo oían alabar la mercancía.

Al verme se le fue al garete la labia de charlatán. Hablaba de forma más escueta, como si quisiera marcar distancias entre su auditorio y él y que yo entendiera que ese oficio que ejercía allí, a cielo abierto, era inferior a su categoría.

En siete años no había cambiado mucho: solo me parecía que tenía el cutis más encarnado. Caía la tarde y una ráfaga de viento se metió por el bulevar de Gambetta con las primeras gotas de lluvia. Junto a mí, una mujer de pelo rubio y rizado se estaba probando un abrigo. Él, desde la tarima, se inclinaba hacia ella y la miraba con expresión alentadora.

—Le sienta estupendamente, señora.

La voz seguía teniendo el mismo timbre metálico, un metal que se hubiese ido oxidando con el tiempo. Ya se estaban dispersando los curiosos por culpa de la lluvia y la mujer rubia se quitaba el abrigo y lo dejaba tímidamente al borde del puesto.

—Es una auténtica ganga, señora... Precio estadounidense... Debería usted...

Pero ella, sin darle tiempo a seguir hablando, se apartaba de prisa y desaparecía con los demás, como si se avergonzase de estar atendiendo a las proposiciones obsenas de un transeúnte.

Él se bajó de la tarima y se me acercó.

—Qué sorpresa tan estupenda... Tengo yo muy buen ojo... Lo he reconocido enseguida...

Parecía apurado, casi medroso. Yo, en cambio, me notaba tranquilo y relajado.

–Tiene gracia esto de encontrarse así, ¿eh? –le dije.

–Sí.

Sonreía. Había recobrado el aplomo. Una camioneta se detuvo al borde de la acera, a nuestra altura, y se bajó de ella un hombre con guardapolvos rojo.

–Puedes recogerlo todo...

Luego me miró de frente, a los ojos.

–¿Tomamos algo?

–Bueno...

–Voy al Forum, a tomar algo con el señor. Ven a recogerme dentro de media hora.

El otro hombre empezó a meter en la camioneta los abrigos y las chaquetas del puesto mientras, a nuestro alrededor, un flujo de clientes brotaba de las puertas de los grandes almacenes que hacen esquina con la calle de La Buffa. Un timbre agudo anunciaba la hora de cerrar.

–Todo bien... Ya casi no llueve...

Llevaba un bolso de cuero muy plano en bandolera.

Cruzamos el bulevar y fuimos por el Paseo de los Ingleses. El café estaba muy cerca, junto al cine Le Forum. Escogió una mesa detrás de la luna de la fachada y se desplomó en el asiento.

–¿Qué hay de nuevo? –me dijo–. ¿Anda usted por la Costa Azul?

Quise que estuviera a gusto:

–Tiene gracia... Lo vi el otro día en el Paseo de los Ingleses...

–Debería haberme saludado.

Esa silueta recia por el Paseo, y ese bolso en bandolera que lucen algunos hombres que rondan los cincuenta años y llevan chaquetas demasiado entalladas con la intención de conservar una silueta juvenil...

–Llevo una temporada trabajando por aquí... Intento dar salida a unas existencias de prendas de cuero...

–¿Y qué tal?

–Regular. ¿Y usted?

–Yo también trabajo por aquí –le dije–. Nada de particular...

Fuera, las altas farolas del Paseo se iban encendiendo poco a poco. Primero una luz malva y titubeante que una simple ráfaga de viento podía apagar igual que la llama de una vela. Pero no se apagaba. Al cabo de un instante esa luz incierta se volvía blanca y dura.

–Así que trabajamos por la misma zona –me dijo–. Yo vivo en Antibes. Pero me muevo mucho...

El bolso se abría igual que las carteras escolares. Sacó un paquete de cigarrillos.

–¿Ya no va nunca por Val-de-Marne? –le pregunté.

–No, eso se acabó.

Pasamos por un momento de tirantez.

–¿Y usted? –me dijo–. ¿Ha vuelto por allí?

–Nunca.

La sola idea de verme otra vez a orillas del Marne me dio escalofríos. Le eché una mirada al Paseo de los Ingleses, al cielo naranja que se iba poniendo oscuro y al mar. Sí, estaba a gusto en Niza. Me entraban ganas de soltar un suspiro de alivio.

–No querría volver al sitio aquel por nada del mundo –le dije.

–Yo tampoco.

El camarero estaba poniendo el zumo de naranja, el coñac con agua y las copas encima de la mesa. Los dos teníamos la vista pendiente de sus mínimos gestos, como si quisiéramos retrasar cuanto fuera posible el momento de reanudar la conversación. Fue él quien, por fin, rompió el silencio.

–Querría aclarar algo con usted...

Me miraba con ojos apagados.

–Resulta que yo no estaba casado con Sylvia, pese a las apariencias... Mi madre no quería esa boda...

Durante una décima de segundo se me apareció la silueta de la señora Villecourt, sentada en el pontón, a orillas del Marne.

—¿Se acuerda de mi madre?... No era una mujer fácil de tratar... Había problemas de dinero entre nosotros... Me habría cerrado el grifo si me hubiese casado con Sylvia...

—Me deja muy sorprendido.

—Pues eso es lo que hay...

Yo creía estar soñando. ¿Por qué no me diría Sylvia la verdad? Me acordaba incluso de que llevaba puesta una alianza.

—Quería que la gente creyera que estábamos casados... Para ella era una cuestión de amor propio... Y yo me porté como un cobarde... Debería haberme casado con ella...

No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia: aquel hombre no se parecía al de siete años atrás. Ya no mostraba aquella confianza en sí mismo y aquella grosería por las que me resultaba odioso. Antes bien, ahora rezumaba una dulzura resignada. Las manos le habían cambiado. Ya no llevaba una esclava.

—Si hubiese estado casado con ella, todo habría sido muy diferente...

—¿Usted cree?

Definitivamente, estaba hablando de alguien que no era Sylvia, y las cosas, vistas a distancia, tenían un sentido diferente para él que para mí.

—No me perdonó que fuera tan cobarde... Me quería... Yo era el único a quien quería...

La sonrisa triste resultaba tan sorprendente como el bolso en bandolera. No, no tenía delante al mismo hombre que aquel de las orillas del Marne. A lo mejor se le habían olvidado fragmentos enteros del pasado o había acabado por convencerse a sí mismo de que algunos de esos acontecimientos que habían tenido para todos nosotros

consecuencias tan gravosas no habían ocurrido jamás. Yo sentía unos deseos irresistibles de zarandearlo.

—¿Y ese proyecto de restaurante y de piscina en aquella islita, por la zona de Chennevières?

Yo había alzado el tono de voz y había arrimado la cara a la suya. Pero, lejos de ponerlo en un aprieto la pregunta, no se le iba la sonrisa triste.

—No veo a qué se refiere... Me dedicaba sobre todo a los caballos de mi madre, ¿sabe? Tenía dos trotones y los llevaba a correr a Vincennes...

Parecía de tan buena fe que no quise contradecirlo.

—¿Ha visto hace un rato al individuo que estaba metiendo mis abrigos en la camioneta? Bueno, pues apuesta en las carreras... En mi opinión no puede haber sino malentendidos entre los hombres y los caballos...

¿Se estaba riendo de mí? No. Nunca había tenido ni un ápice de sentido del humor. Y las luces de neón le acentuaban la expresión cansada y seria de la cara.

—Muy pocas veces encajan las cosas entre los caballos y los hombres... Por mucho que le digo que no debería apostar en las carreras, lo sigue haciendo, pero no gana nunca... ¿Y usted? ¿Aún es fotógrafo?

Había articulado las últimas palabras con ese timbre metálico que tenía siete años atrás.

—Por entonces, no entendí muy bien aquel proyecto suyo de álbum fotográfico...

—Quería fotografiar las playas fluviales de los alrededores de París —le dije.

—¿Las playas fluviales? ¿Y por eso se había instalado en La Varenne?

—Sí.

—Y, sin embargo, no es en realidad una playa fluvial.

—¿Usted cree? No deja de estar allí el Beach...

—Y supongo que no le dio tiempo a hacer las fotos que quería.

—Sí, sí... Podría enseñarle algunas si quiere...

Esta conversación se estaba volviendo inane. Resultaba raro hablar así, con medias palabras o con sobrentendidos.

–En cualquier caso, puedo decir que me enteré de cosas muy edificantes... Y que me sirvió de lección...

Mi comentario lo dejó frío. Y eso que yo lo había hecho en tono agresivo. Insistí:

–Supongo que usted también conserva un mal recuerdo de todo aquello.

Pero lamenté en el acto esa provocación mía. Le había resbalado y me envolvía en una sonrisa triste:

–Ya no tengo ningún recuerdo –me dijo.

Le echó una ojeada al reloj de pulsera.

–Van a venir a buscarme enseguida... Una lástima... Me habría gustado quedarme más rato con usted... Pero espero que volvamos a vernos...

–¿Quiere volver a verme de verdad?

Me notaba incómodo. Me habría sentido menos desvalido en presencia del hombre de hacía siete años.

–Sí. Me gustaría mucho volver a verlo de vez en cuando para que hablásemos de Sylvia.

–¿Cree usted que merece la pena?

¿Cómo iba a poder hablarle de Sylvia? Era como para preguntarse si, después de siete años, no la confundía con otra. Se acordaba de que yo había sido fotógrafo, pero en los ancianos que han perdido la memoria, quedan aún algunos jirones del pasado: una merienda de cumpleaños de la infancia, la letra de una nana que les cantaban...

–¿No quiere volver a hablar de Sylvia? Métase esto en la cabeza...

Daba puñetazos en la mesa y yo me esperaba las amenazas y los chantajes de antes, que el tiempo había diluido, claro, igual que las palabras de esos criminales de guerra chochos a quienes llevan a rastras, cuarenta años después de sus fechorías, ante un tribunal.

—A ver si se le mete en la cabeza: no habría ocurrido nada si me hubiera casado con ella... Nada... Me quería... Lo único que deseaba es que yo también le diera una prueba de amor... Y fui incapaz de dársela...

Al verlo así, frente a mí, al oír esas palabras de pecador arrepentido, me pregunté si no estaría siendo injusto con él. Divagaba, pero con el tiempo más bien había mejorado. Antes nunca habría sido capaz de razonar así.

—Creo que se equivoca —le dije—, pero no tiene ninguna importancia. La intención es buena en cualquier caso.

—No me equivoco en absoluto.

Y volvía a dar puñetazos en la mesa con gesto de borracho. Me dio miedo que recobrase el comportamiento brutal y la mala condición. Menos mal que en ese momento entró en el café el hombre de la camioneta y le puso una mano en el hombro. Él se volvió y lo miró fijamente como si no lo reconociera.

—Enseguida... Ahora mismo estoy contigo...

Nos levantamos y los acompañé hasta la camioneta, que estaba aparcada delante del cine Le Forum. Abrió la puerta corredera y apareció una hilera de abrigos de cuero colgados en perchas.

—Sírvase usted mismo...

Me quedé quieto. Entonces pasó revista a los abrigos, uno por uno. Descolgaba las perchas y las volvía a colgar una tras otra.

—Este debe de ser de su talla...

Me alargó el abrigo, con la percha dentro.

—No necesito un abrigo —le dije.

—Sí..., sí... Deme ese gusto...

El otro hombre esperaba, sentado en el guardabarros de la camioneta.

—Pruébeselo.

Cogí el abrigo y me lo puse delante de él. Me examinaba con la mirada aguda de un sastre durante una prueba.

—¿No le tira de los hombros?

–No, pero le digo que no necesito un abrigo.

–Quédese con él para darme gusto. Me encantaría.

Me lo abrochaba con sus propias manos. Yo estaba más tieso que un maniquí de madera.

–Le sienta muy bien... Y lo bueno es que llevo muchas tallas grandes...

Cedí para quitármelo antes de encima. No quería discutir. Estaba deseando que se fuera.

–Si tiene el menor problema, venga a cambiarlo... Estaré en mi puesto del bulevar de Gambetta mañana por la tarde... Y, en cualquier caso, voy a darle mis señas.

Rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta y me alargó una tarjeta de visita.

–Tenga..., mis señas y mi número de teléfono de Antibes... Cuento con usted...

Abrió la puerta de delante, se subió y se sentó. El otro hombre se puso al volante. Él bajó el cristal de la ventanilla y se asomó.

–Ya sé que no le caía simpático –me dijo–. Pero estoy absolutamente dispuesto a enmendar mis errores... He cambiado... He entendido qué hice mal... Sobre todo con Sylvia... Soy el único al que ella quiso de verdad... Volveremos los dos a hablar de Sylvia, ¿eh?...

Me examinaba de pies a cabeza.

–El abrigo le sienta de maravilla...

Subió el cristal sin dejar de mirarme. Pero de repente, cuando estaba arrancando la camioneta, la estupefacción le paralizó el rostro: yo no había podido por menos de hacerle –gesto incomprensible en un hombre reservado como yo– un corte de mangas.

Unas cuantas personas estaban entrando en Le Forum para la sesión de las nueve y media. Tuve la tentación de ir yo también a sentarme en la antigua sala de cine con sus terciopelos rojos. Pero quería librarme de aquel abrigo

que me tiraba en los hombros y me impedía respirar. Con las prisas, arranqué un botón. Doblé el abrigo, lo puse en un banco del Paseo y me alejé con la sensación de estar dejando a mis espaldas algo comprometedor.

¿Fue la fachada destartalada del cine Le Forum? ¿O la reaparición de Villecourt? El caso es que me acordé de las confidencias que me hizo su madre en relación con el asesinato misterioso del actor Aimos en una barricada del barrio de la estación del Norte durante la liberación de París. Aimos sabía demasiado, había oído demasiadas conversaciones, se había codeado con demasiadas personas dudosas en los hostales de Chennevières, de Champigny y de La Varenne. Y los nombres de todas esas personas que me había dicho la señora Villecourt me recordaban las aguas llenas de fango del Marne.

Miré la tarjeta de visita.

Frédéric Villecourt, comisionista.

Hace años, las letras de su apellido habrían sido negras y habrían ido grabadas. Pero ahora eran de color naranja como las de un simple prospecto, y esa palabra tan modesta, «comisionista», a quien recordase al Frédéric Villecourt de las orillas del Marne le indicaría que con frecuencia basta con unos pocos años para acabar con muchas pretensiones. Había escrito personalmente sus señas con tinta azul: Avenida de Le Bosquet, 5, Antibes. Teléfono: 50 22 83.

Yo iba siguiendo el bulevar de Victor Hugo, porque había decidido volverme a casa a pie. No, nunca habría debido trabar conversación con él.

La primera vez, cuando lo vi por el Paseo de los Ingleses con ese paso torpe y ese bolsito de cuero ridículo en bandolera, no me entraron ningunas ganas de hablarle. Aquel domingo hacía un sol suave de otoño y yo estaba sentado en la terraza del Queenie. Y, más allá, se detuvo y encendió un cigarrillo. Luego se quedó quieto un momento, detrás de la riada de coches. Iba a cruzar con el semá-

foro en rojo y a subir a la acera precisamente a mi altura. Así que existía el riesgo de que se fijase en mí. O a lo mejor no volvía a moverse nunca y el sol se pondría y su silueta, como una sombra chinesca, destacaría sobre el fondo del mar, para siempre, delante de mí.

Siguió andando hacia el casino Ruhl y los jardines de Albert-1^{er}, con el bolso de cuero en bandolera. A mi alrededor, hombres y mujeres tiesos como momias tomaban el té en silencio, con los ojos clavados en el Paseo de los Ingleses. A lo mejor también ellos andaban acechando, entre aquella muchedumbre que iba en procesión, siluetas de su pasado.

Siempre vuelvo a casa cruzando por lo que fue el comedor del antiguo Hotel Majestic, en el punto preciso en que da la vuelta el bulevar de Cimiez. Ahora no es más que un vestíbulo que hace las veces de sala de reunión o de exposiciones. Al fondo del todo, en la semipenumbra, una coral cantaba canciones de iglesia en inglés. En el letrero, al pie de las escaleras, podía leerse «*Today: The Holy Nest*». Me seguían llegando esas voces agudas en el segundo piso cuando cerré la puerta de mi habitación. Parecían villancicos. Por lo demás, la Navidad se acercaba. Hacía frío en esa habitación de alquiler, que había sido una habitación con baño del hotel y cuyo número seguía allí, en una placa de cobre, dentro del armario: 252.

Encendí la estufita eléctrica, pero calentaba tan poco que acabé por desenchufarla. Me eché en la cama sin quitarme los zapatos.

Hay en este edificio del Majestic pisos de tres o cuatro habitaciones, las antiguas *suite* del hotel, o simples habitaciones que ahora se comunican entre sí tras hacer obras. Prefiero vivir en una única habitación. Resulta menos triste. Sigue uno haciéndose la ilusión de vivir en el hotel. La cama sigue siendo la de la habitación 252. También la mesilla de noche. Y me pregunto si el escritorio de madera oscura estilo Luis XVI de imitación pertenecía al mobiliario del Majestic. La moqueta no estaba en la habitación 252: una moqueta entre gris y *beige* raída a trechos. La bañera y el lavabo han cambiado también.

No tenía ganas de cenar. Apagué la lámpara. Cerraba los ojos y dejaba que me arrullasen las voces lejanas de la coral inglesa. Aún estaba echado en la cama cuando, en la oscuridad, sonó el teléfono.

—¿Oiga?... Soy Villecourt...

Hablaba muy bajo, casi en un cuchicheo.

—¿Molesto? He encontrado su número en la guía...

Me quedé callado. Volvió a preguntarme:

—¿Molesto?...

—En absoluto.

—Querría sencillamente que tuviéramos las cosas claras. Al separarnos, me dio la impresión de que me guardaba rencor...

—No le guardo rencor...

—Pero ese gesto que me hizo...

—Era una broma.

—¿Una broma? Tiene usted un sentido del humor realmente peculiar.

—Es lo que hay —le dije—. Hay que tomarme como soy.

—Me ha parecido un gesto tan agresivo... ¿Tiene algo que reprocharme?

—No.

—Yo nunca le pedí nada. Fue usted, Henri, quien vino a buscarme. Me estaba esperando delante del puesto, en el bulevar de Gambetta.

—No me llamo Henri...

—Disculpe... Me estaba confundiendo con otro... Ese de pelo moreno que siempre estaba dando soplos para las carreras... No sé qué veía en él Sylvia.

—No me apetece hablar de Sylvia con usted.

Era realmente desagradable seguir con esa conversación telefónica en la oscuridad. Desde el vestíbulo seguían llegándome las voces de la coral inglesa y me resultaban tranquilizadoras: esa noche no estaba solo del todo.

—¿Por qué no quiere hablar de Sylvia conmigo?

—Porque no hablamos de la misma persona.

Colgué. Al cabo de un instante volvió a sonar el teléfono.

—Muy antipático eso de haberme colgado... Pero no pienso dejarlo en paz...

Quería que la voz le sonase algo irónica.